

Laiq Soler

Mili Koey

Las Rollettes

Un, dos, tres...
¡equipo!



DESTINO

Las ROLLETES

Un, dos, tres... ¡equipo!

Lara Soler y Mili Koev

DESTINO

Destino Infantil y Juvenil, 2020
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrojuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.
© del texto: Laia Soler
© de las ilustraciones: Mili Koev
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: octubre de 2020
ISBN: 978-84-08-22995-7
Depósito legal: B. 13.189-2020
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El equipo crece

—No puede ser.

La felicidad de Lira se hizo añicos en cuanto puso un patín en la pista de entreno. Frenó en seco y miró a Amelia, que la había agarrado de la mano en un gesto instintivo. Igual que Jimena y Gala, observaba a Lira sin pestañear, como esperando una explicación que esta tampoco tenía.

—¿Qué hacen esas aquí? —siseó Jimena, atravesando con la mirada a las dos chicas que charlaban con Alena en un lateral de la pista para aprovechar la sombra del polideportivo.

Lo de Amelia fue apenas un hilo de voz:

—¿Y por qué llevan patines?

Lira se cruzó de brazos. Se negaba a dar un paso más —o un impulso, en ese caso—. En lo que llevaba de

curso había aprendido que a veces tenía que dejar que la vida la sorprendiera (al fin y al cabo, ¿quién iba a imaginar que empezaría el instituto montando un club de patinaje artístico?), pero aquello era demasiado. ¿Qué clase de broma de mal gusto era esa? Se suponía que el primer entreno de las Rollettes iba a ser especial. Llevaban esperando aquel momento desde que ganaron la votación, quince infinitos días atrás. De haber sido por las Rollettes, habrían empezado al día siguiente, pero la AFA no tenía ninguna prisa. «Las cosas de palacio van despacio», les dijo Samuel, el director, mientras les abría la puerta del despacho para invitarlas a marcharse. Para ellas era otra manera de decir que los adultos solo se dan prisa cuando les interesa, y estaba claro que, al director, el club de patinaje le daba igual.

Dos semanas esperando aquel día, en el que por fin se convertirían en un club *de verdad*, para... eso.

Lira no habría imaginado ni en sus peores pesadillas que Andrea y Julia se apuntarían al club. Y, sin embargo, ahí estaban, hablando con Alena como si tal cosa. Un mal presentimiento le removi6 las tripas. O mejor dicho, una *certeza*, porque con aquellas dos en la pista, nada podía ir bien.

Mina, Marta y Eloy debían de pensar lo mismo, a



juzgar por sus expresiones. Lira los vio a lo lejos, bajo la portería más alejada, charlando encerrados en un corrillo. Tampoco parecían muy contentos con aquella sorpresa.

Lira atravesó a Alena con la mirada. ¿Es que no tenía nada que decir? ¿Por qué estaba sonriendo como si Andrea y Julia fueran dos angelitos?

—¡Chicas, vamos! —las llamó, al percatarse de la presencia de Lira y las demás. Al momento se giró y silbó para avisar al resto del equipo—. ¡Venga, todas aquí! ¡Vamos a empezar!

Las cuatro amigas se miraron, entre dubitativas y enfadadas. Amelia fue la única que se atrevió a preguntar, en un susurro, lo que todas estaban pensando:

—¿Qué hacemos?

Ninguna respondió. Jimena puso los ojos en blanco y esbozó una expresión entre asqueada y resignada.

Como si tuvieran elección.

Andrea y Julia las esperaban con una sonrisa tan ancha que Lira no pudo evitar dejar caer los ojos hacia sus patines, solo un segundo, lo que tardó en decirse que estaba paranoica. Pero para ser justos, tenía motivos para estarlo. Andrea tenía experiencia en toquetearles los patines y en amargarles la vida a las Rollettes.

—¿Qué hacéis aquí? —soltó Jimena en cuanto las tuvo delante, sin disimular su asco ni preocuparse porque Alena estuviera delante.

Jimena ignoró las miradas de reprobación de sus amigas. Clavó los ojos en Andrea y Julia, que ponían cara de no haber roto nunca un plato. Aun así, Julia no era tan buena actriz, y cuando habló, lo hizo con hostilidad:

—Lo mismo que tú.

Andrea se limitó a esgrimir una sonrisa desafiante.

Lira observó al resto del equipo. Eran muchos más de lo que había imaginado al terminar la exhibición —aquella desastrosa exhibición que prefería no recordar—; a excepción de Dani, que se apresuró a anunciar que pasaba el mismo día en que aprobaron el club, todas las Rollettes que habían vivido el gran desastre de la exhibición (o, como lo llamaban ellas, el Gran Boicot), seguían en el club, y a ninguna le hacía ninguna gracia compartirlo con aquellas dos. Ni siquiera los otros nuevos —María y Laura, de 2º B, y Javi, de 1º A— las miraban con buenos ojos.

Andrea había tardado solo un mes en conseguir labrarse una reputación en el instituto, como siempre había querido... pero no la que *quería*. Después de la exhibición de las Rollettes, el rumor de que la pelirroja

bajita de primero había boicoteado al grupo de patinadoras se extendió como la pólvora, y resultó que a muy pocos les hizo tanta gracia como Andrea había imaginado. No hubo golpecitos en la espalda ni burlas por los cutres que eran las Rollettes, solo malas miradas por los pasillos y grupillos hablando en voz baja que callaban en cuanto ella, Julia, Tania o Rebeca se acercaban.

—Chicas, dejad los temas personales fuera de la pista —dijo Alena, con una voz autoritaria que encajaba poco con su pelo azul a lo *pixie*—. Esa es la pri...

—¡Oye, que casi nos matan! —soltó Jimena, incapaz de creer lo que estaba oyendo. ¿Dejar los temas personales fuera de la pista? ¡Que estuvieran en la pista era el problema! Ni Andrea ni Julia deberían estar ahí, no después de lo que habían hecho. Aún se arrepentía de haber decidido no chivarse al director, y que Alena fingiera que todo iba bien era la gota que colmaba el vaso de su paciencia. No estaba dispuesta a callarse otra vez.

—¡Exagerada! —respondió Julia, poniendo los ojos en blanco.

—¿Ves? ¡Ni se molestan en negarlo! ¡Fueron ellas, Alena, no pueden estar en el equipo!

—Yo no fui —resopló Andrea.

—Ni yo —se apresuró a aclarar Julia—. He dicho

que eres una exagerada, porque lo eres... Lo sois. ¡Ni siquiera os hicisteis daño!

Jimena abrió los ojos y dio un paso amenazador hacia ella.

—Entonces te empujo y si no te haces daño no pasa nada, ¿no?

Julia trató de echarse para atrás, olvidando que llevaba los patines puestos, y trastabilló. Se habría caído de culo de no haber sido por Andrea, que la cazó al vuelo y la ayudó a recuperar la estabilidad.

—¡Chicas, basta! No quiero peleas —tronó Alena, con un tono tan amenazador que nadie se atrevió a abrir la boca—, ni insultos ni violencia de ningún tipo. Si ese es el tipo de equipo que queréis, yo cojo la puerta y me voy, ¿está claro?

Paseó los ojos por las Rollettes, que fueron asintiendo una detrás de otra, ninguna demasiado convencida.

—Ahora parece mi madre... —le susurró Jimena a Gala, por lo bajo.

Alena la miró con las cejas enarcadas, como preguntándole qué había dicho. Jimena se aclaró la garganta y agachó la cabeza. Alena estudió al grupo una vez más y, cuando estaba a punto de hablar, Mina levantó la mano.

—Pero...

Alena chistó para interrumpirla:

—Tampoco quiero «peros». Si habéis venido aquí a pelearos, yo os deseo suerte para encontrar a otra entrenadora y me voy, ¿está claro? Pero si queréis aprender a patinar, me quedo. Vosotras decidís —dijo, con doce pares de ojos clavados en ella. Cuando calló, todas apretaron los labios. Su tono no admitía discusión, y aunque las miraba esperando una respuesta, nadie se atrevía a hablar—. ¿Y bien?

El grupo cruzó miradas y, de entre todas, fue la voz de Eloy la que se oyó, firme y clara.

—Queremos patinar.

Ya estaba cansado de tanta discusión. Siguiendo los consejos de Amelia, había convencido a sus padres para que le compraran unos patines de artístico, y se moría por estrenarlos de una vez.

—Eso es lo que quería escuchar —respondió Alena, deseosa de empezar el entreno de una vez por todas—. Hemos venido aquí a pasárnoslo bien, ¿de acuerdo? No os estáis jugando nada, así que centraos en vosotras y disfrutad.

—¿Eso significa que no vamos a competir? —preguntó Andrea, fingiendo sorpresa.

Alena frunció el ceño.

—Esto... —Miró al grupo, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. No me lo había planteado. ¿Vosotros queréis competir?

Lira sintió cómo se le desencajaba la mandíbula de la sorpresa. Alena no podía estar preguntándolo en serio. ¡Si apenas sabían hacer nada! Claro que Lira deseaba competir, bailar en un polideportivo abarrotado de gente una de esas coreos tan curradas que veía en YouTube, pero... Eso eran solo deseos. La realidad era que...

—¡Con lo verdes que están! —soltó Andrea, robándole las palabras a Lira sin pretenderlo—. ¡Y mirad dónde entrenamos, no tenemos ni una pista de verdad!

Los clubs escolares que sí competían tenían preferencia a la hora de asignar espacios de entreno, así que los clubs de fútbol, básquet y hándbol se habían repartido las horas de las canchas buenas y del polideportivo. Las Rollettes no habían podido decidir. Les había tocado la pista junto al polideportivo, bastante más pequeña de lo deseable. Pero lo peor era que les tocaría barrerla todos los días antes de entrenar, como ya hacían en el parque.

A Andrea no le faltaba razón, pero no tenía ningún derecho a decirlo, y menos con aquel tono condescendiente.

—¡Oye, que esta tiene el *axel*! —espetó Jimena, se-

ñalando a Amelia, que se habría sonrojado si no hubiera estado tan concentrada en mantener la calma. La palabra «competición» le provocaba taquicardia.

Un agudo y molesto silbido resonó en el polideportivo.

—¿Queréis competir? —preguntó Alena, de nuevo.

La única que estaba preparada para aquella pregunta y lo tenía claro era Amelia, y no se atrevía a responder. No hacía falta más que ver el brillo en la mirada de Lira y Jimena para saber que no diría lo que esperaban escuchar.

—Claro, pero... —empezó Lira, dubitativa.

—¿No es muy pronto? —se le avanzó Mina.

Lira asintió, y Alena sonrió.

—Solo os pregunto si queréis competir. Tenéis razón, aún es pronto —dijo, y viendo cómo asomaba una sonrisa en los labios de Andrea, añadió—: y no es cuestión de estar verde. Se necesita mucho tiempo y muchos entrenos para montar una buena coreografía, no es cosa de un mes. Este año vamos tarde, pero podemos plantearlo de cara a la siguiente temporada...

Alena dejó la idea flotando en el aire. Amelia respiró hondo, tratando de alejarla de ella. Competir no era una posibilidad para ella, lo había dejado muy claro. Sintió la tentación de levantar la mano y recordárselo, pero

prefirió no hacerlo, porque al fin y al cabo, aquel año no competirían. No tenía por qué preocuparse... aún.

—Yo quiero competir —respondió Jimena—. Además, a lo mejor así nos dan una pista decente para entrenar...

—Y yo —dijo Lira, y al instante aclaró en un murmullo—: Pero el año que viene.

Mina levantó la mano derecha, mientras con la izquierda le hacía gestos a Marta para que se le sumara.

—Yo también —dijo Mina—. Además, si competimos, tendrán que dejarnos entrenar en el polideportivo.

Eso fue suficiente para convencer a María y Laura.

—Pues no voy a ser menos, ¿no? —exclamó Gala, encantada de ver que sus amigas no tenían miedo a nada—. Somos un equipo.

Aquellas palabras le atravesaron el estómago a Amelia, que agachó la cabeza, tratando de esconderse tras algunos mechones que no habrían podido tapar ni unas míseras briznas de hierba. Para su fortuna, se libró de que ninguna de sus amigas le preguntara.

Los demás se quedaron callados.

—Me alegra ver que os lo tomáis tan en serio —dijo Alena, con las manos apoyadas en las caderas—. Lo tendré en cuenta para el próximo trimestre. Si somos sufi-

cientes para competir, podemos empezar a trabajar en una coreo para el año que viene. Pero por ahora... toca centrarse en la técnica.

—¿Empezamos por fin a hacer algo? —se le escapó a Jimena, que estaba deseando darle menos a la lengua y más a los patines.

Alena lo estaba deseando tanto como ella, pero...

—Antes, toca ronda de presentaciones.

—¡Pero si ya nos conocemos todos! —se quejó Jimena, aunque sabía que no era cierto. No tenía ni idea de cómo se llamaba el chico rubio y larguirucho.

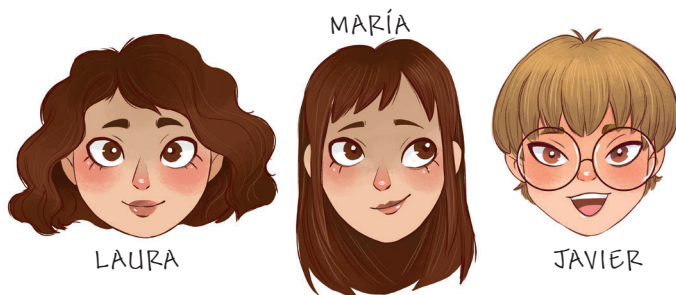
—Por si acaso —respondió Alena—. Solo será un segundo. Venga, ¿empezamos por vosotras? Decidnos cómo os llamáis y por qué estás aquí —se dirigió a Laura y María, que estaban cuchicheando por lo bajo. Callaron al notar la mirada de la entrenadora sobre ellas e intercambiaron una mirada de duda.

Las dos compartían la misma nariz larga y grande y los mismos ojos castaños, pero, por lo demás, no se parecían en nada. María era alta y flaca, de tez morena y pelo largo y oscuro. Laura era mucho menos esbelta, tenía la piel rosada y mejillas prominentes. La melena, ondulada y de un castaño claro, le barría los hombros cuando se movía.

Fue María la que se lanzó:

—Yo soy María, voy a segundo, y estoy aquí porque mi prima me ha obligado.

Laura la fulminó con la mirada y después miró al resto, tratando de disimular su vergüenza.



—Eso no es verdad. Es que va de dura —murmuró, a lo que María respondió con una mueca llena de complicidad—. Yo soy Laura, también voy a segundo y estoy aquí porque..., esto... Sinceramente, dijeron que se abría un club de patinaje artístico y dije... ¿Por qué no? Me encanta patinar, no sé hacer figuras ni nada, pero bueno, esto... Por eso estoy aquí.

Cuando terminó, lo hizo más roja que al inicio, pero también más alegre. Parecía que hablar le diera energía, pensó Lira. Aunque apenas había intercambiado unas palabras con aquella chica, ya le caía bien.

Alena animó al equipo a aplaudir las presentaciones y

se volvió hacia Javier. No hizo falta que dijera nada para que este hablara.

—Me llamo Javier, voy a primero y estoy aquí porque me gusta el patinaje artístico desde que era pequeño, pero mis padres no han querido apuntarme. Hasta ahora, bueno.

—¿Sabes patinar? —le preguntó Alena, mirando las botas negras de Javier. Estaban llenas de rayadas.

—Un poco —respondió él, con un tono que dejaba entrever que sabía algo más que eso.

Alena asintió y tras observar al grupo uno por uno, se detuvo en Jimena.

—Tu turno —le dijo, al ver que no reaccionaba—. Di tu nombre y explica por qué estás aquí.

Jimena le lanzó una mirada sibilina a Andrea antes de responder. Aquello iba a ser divertido.

